

TERAPEUTICA SOCIAL, 1905

Antonio Linage Conde

Universidad de San Pablo, CEU. Madrid

A la memoria de mi padre, buen lector, que nació este día

Hay impertinencias que en ningún caso son excusables. Una de ellas que yo traiga aquí a colación haberme manifestado una persona ajena a las realidades intelectuales de hoy su extrañeza al saber se dedicaba un congreso a un personaje a su juicio ignaro tan trasnochado como Valera. Y sin embargo, las primeras líneas del formidable egabrense que he releído para preparar esta mi intervención en él, me han resultado de una actualidad tan rabiosa que, por contraste, he caído en la tentación de aludir a esa zafia majadería. Sí. Cual si se hubieran escrito hoy día, anticipadas un tanto por lo mismo cuando en realidad lo fueron, a no ser por la forma, por la suave excelsitud de su castellano:

Pasma y asombra la prodigiosa cantidad de ciencias nuevas que de doscientos años a esta parte han aparecido en el mundo [...] En este sentido el auge de las ciencias, lejos de obligarnos a ser más sabios, nos permite ser más ignorantes que en los antiguos días. [...] La ciencia impersonal suple y completa la ciencia personal de cada uno de nosotros, por muy exigua que sea.

Así empezaba el volumen recopilatorio que ha servido de título a estas nuestras cuartillas, concretamente el primero de los artículos en él recogidos, *La terapéutica social y la novela profética*. De crítica de dos novelas a las que Valera llama «terapéuticas y de profecía». El volumen se subtitula por otra parte «expuesta en historias, novelas, disertaciones y otras obrillas de mero pasatiempo». El resto de los artículos que le integran son también de crítica literaria, pero sin esas tan peculiares características en los libros criticados - por ejemplo figuran don Ramón de la Cruz y una nueva edición del *Quijote* aparecida en Edimburgo. Aunque de esa diferencia entre uno y otros habrá que decir algo más adelante. De momento nos interesa subrayar el empleo del título del primero para el conjunto. Por si fuese, como nos lo parece desde luego, significativo de toda una mentalidad en el autor.

Una mentalidad en su caso hecha de la intersección de su vida y se vena literaria, la creación novelesca sobre todo, algo que nos parece evidente y en cuya demostración por otra parte no podemos entrar. Y que deja pocos aspectos por abordar en el primer artículo en cuestión. Véamoslo.

Novela, sociología, contenido de aquella

«La novela es un campo - escribía allí¹ Don Juan - por donde se echa a volar la imaginación. ¿Quién ha de poner puertas o límites a este campo?. La imaginación en dicho vuelo tal vez descubra y toque alguna vez la verdad, pero no es el fin del novelista descubrirla y tocarla, sino sólo divertir o conmover a sus lectores». Y algo más adelante: «Entendidas así las cosas, concedemos amplia venia a todo novelista para escribir cuanto se le antoje, con tal de que nos entretenga y no nos aburra». En otras ocasiones no se recató de defender sin timidez alguna «el arte por el arte», concretamente cuando aseguraba no «haber tratado de enseñar nada» en *Pepita Jiménez* al crítico norteamericano Howells, aunque todos no lo creyeran así y levantarán en torno a la novela la consabida polémica religiosa.

Ahora bien, admitido que la novela no sea pedagógica de alguna manera, rechazada pues la literatura social sin más, esta concepción ¿repercutirá en una cierta medida en el contenido de la misma, tanto en el argumento y la trama como en la acuñación del retrato de los personajes y el tejido evenemencial de las situaciones? Por supuesto que, para Valera, sí. Lo cual implica, hay que notarlo sin ambages, una petición de principio, la de ser de tesis la novela de unas ciertas tintas aun en lo meramente literario.²

Sin duda que lo trágico y lo lastimoso no pueden ni deben desecharse de la obra artística, pero conviene que esto sea para que la luz de las virtudes, de la belleza y de la sublimidad del alma humana se muestre y resplandezca mejor sobre el fondo oscuro del cuadro.

Y no es solamente la literatura lo que le determina a pensar de esta manera, ya que no se limita a postular para ella un campo diverso al de la reforma de la sociedad, no eso sólo, sino que abrigaba un escepticismo radical y profundo en cualquier solución reformadora como tal. Tampoco puede ser más nítido el así opinarlo:

Cuando no hemos podido averiguar con exactitud ni quién produce el mal que padecemos, ni qué remedio hay para que el mal se cure, peca de cruel quien exagera el mal, quien nos aflige con quejas desesperadas y hasta quien le describe prolijamente.

Llegando seguidamente al ejemplo estridente del médico que, en su consultorio, tomará como motivos de decoración las láminas de la *Dermatología* de Olavide.³

1 Manejamos la primera edición, de Fernando Fe, su «libreña» literalmente, por cierto la cita madrileña, Carrera de San Jerónimo 2, de las letras de aquella Europa.

2 Al final, a propósito de sus colegas coetáneos escribe: «La novela en España florece de nuevo desde hace cerca de un tercio de siglo. Indicios y esperanzas hay de que este florecimiento sea digno de la nación y de la lengua en que se escribieron el *Amadís*, *La Celestina* y *El Quijote*, pero conviene que lo ideal, lo noble y lo hermoso entren algo más en lo que se escriba».

3 Criticando severamente a ese propósito e inmediatamente *La Busca* de Baroja y algunas otras novelas suyas que no nombra, a la vez que rechaza haber sido ese mismo el supuesto de nuestra novela picaresca. Todavía hace otra comparación más gráfica que comienza así: «El muladar no se debe cubrir con un rico tapiz...».

Y repitiendo con más claridad aún, y ya por completo fuera de la dimensión literaria:

Demos por supuesto que todo ese mal existe, ¿pero se sigue de ahí que sea responsable de él la sociedad tal como está organizada, y que una revolución radicalísima que lo subvierta todo, pueda precipitar o traer el adivinamiento de un porvenir de paz, de abundancia y de ventura para los hombres?

Aclaremos que en el mismo artículo Valera menciona al socialismo y el comunismo por sus nombres, y en cuanto al anarquismo, da por supuesta su necesidad, aun sin quererlo, de intentarse las soluciones respectivas de aquéllos.

A título de botón de muestra comparativo, podemos citar, ya en el modernismo, a una escritora catalana que gustaba de la atmósfera rural para su novelística, Víctor Catalá su seudónimo, a la cual Maragall había acusado de dejarse llevar de una «idea horrible que propende a hacerse general» y la alejaba de «la realidad limpia y armónica», respondiéndole la misma: «prou hi trobava, com vós apunteu, notes alegres i pures en l'harmonia de la vida camperola, però no m'hauria atrevit a barrejar-les a les tristes per no llevar a aquestes su gravetat». Y notemos que lo que, en este cruce de puntos de vista y confesiones⁴, se venía a dilucidar, era el acuñaamiento del auténtico realismo, no la discusión entre éste y el idealismo fantástico.⁵

Más detengámonos un momento en la ocasión inspiradora de aquella crítica.

¿Infecundidad de lo profético y lo terapéutico?

Las dos novelas criticadas, novísimas ambas, eran *Oriente*, de Adelardo Ortiz de Pinedo, y *Canuto Espárrago*, de Antonio Ledesma y Hernández. La primera tiene un argumento melodramático que hubiera encajado con alguna simplicidad en el folletín, en aras de la manera de éste que, por cierto simplificando también por los fueros del conocimiento parcial, ha llevado a definir cual «lacrimógeno y progresista» a Pérez Escrich sin más.

Canuto Espárrago es en cambio una novela de utopía social más didáctica, por eso mismo menos novelesca, entre lo narrativo y lo doctrinal. El protagonista fracasa en sus ilusiones idealistas de llegar a hombre público, instaura entonces una especie de comuna en su pueblo natal, y la ve también sucumbir a la política nacional y la intervención extranjera. Hay algunos toques de comunismo cristiano.

4 J.Castellanos, "Víctor Catalá i el modernisme", en *Actes de las primeras Jornades d'Estudi sobre la vida i obra de Caterina Albert i Paradís Víctor Catalá*. L'Escala, 1992* (Montserrat, 1993) 17-41.

5 Y, volviendo a Valera, en ningún momento podemos olvidarnos, para captarle, no digo enjuiciarle, de la constante de su suave ironía, consecutoria de la magistralidad de llegar a pasar desapercibida; cfr. L. GONZÁLEZ LÓPEZ, *Las mujeres de don Juan Valera* (Madrid, 1984) p. 280: «Comprende por qué Asclepigenia no merece el dictado de bribona que la coloca don Juan, sin duda para hacer más cruel la sátira? Antes al contrario, yo creo que su parábola es la expresión más adecuada de su persona. Asclepigenia, magnífica, se reencarna en todas las mujeres; no es ella sola la que habla y se conduce así: son todas las que proclaman al unísono la supremacía del amor sobre los demás ornamentos de la vida».

El autor estaba a punto de cumplir la cincuentena cuando escribió la novela criticada. Nacido en Almería en 1856, ejerció la abogacía allí, en Granada y en Madrid, y dirigió *La Democracia Monárquica*. Fue autor dramático en verso -*Bienaventurados los que mueren*, *Los dos materialistas*- y prosa -*El primer pleito*-, comedia; autor de *Mis confesiones* y *Discursos académicos*; y el mismo año de 1905 había publicado otro libro, *La nueva salida del valeroso caballero Don Quijote*.

Mas lo mismo que antes hiciera al teorizar, según hemos visto, Valera coteja esta novela de tesis con un reciente libro de tesis también, y la misma, pero sin el disfraz imaginativo, la *Patología social española o las penas del hombre*, de Pedro Martínez Baselga (1867-1925). Personaje éste prolífico y polígrafo, que nos ilustra pintiparadamente de cómo a veces la lectura de un fichero de biblioteca hasta agotar las fichas de un mismo autor vale por toda una composición de lugar. Baselga era zaragozano, veterinario militar, y catedrático de Patología Especial y Terapéutica, disciplina que impartió en su ciudad natal y en León⁶. Escribió de su profesión obras científicas y otra, en colaboración con José López Flores y Orán, *El comprador de animales*. En Zaragoza dirigió *El Diario Mercantil*, y en León fue redactor de *La Democracia*. Otros libros suyos son *Cartilla para escribir en seis días*, *Método para estudiar la Historia*, *Educación del amor*, *El matrimonio en la clase media*, *Sociología y Pedagogía*, *Urbanidad y educación del comerciante moderno*, *Museo infantil*, *Juguetería y psicología infantil*, *¿Quién fue Costa?* No hace falta añadir comentario alguno, ¿no?

Y ¿la composición de lugar a que aludíamos no es en cierto modo esa terapéutica social del signo por Valera reprobado y a las obras de imaginación extensiva?

Siendo curioso reflexionar en cómo, mucho antes de haberse enfrentado a este propósito con la izquierda, Don Juan lo había hecho con la derecha religiosa más extrema, al criticar radicalmente en la *Crónica de ambos mundos*, el discurso de recepción en la Academia Española de Necedal, censorio éste de las novelas no sólo en el plano moral sino incluso en el literario, incurriendo paradójicamente en el que allí mismo llama Valera el «error teórico» de los realistas, y dice teórico por estar convencido de que en «la práctica los mismos realistas son idealistas sin serlo»⁷.

El Sr. Necedal condena la novela, valiéndose de la autoridad del Diccionario, a que se limite a lo pedestre y vulgar, ya que ha de estar siempre *tejida de los casos que comúnmente suceden*, lo cual, si fuera exacto, nos llevaría a negar a las mejores y más discretas e ingeniosas novelas la calidad de tales. ¿Quién ha de creer, por ejemplo, que todo lo que se cuenta en el *Quijote* sucede o puede suceder comúnmente, aun dadas las costumbres y las creencias de la época en que el *Quijote* se escribió? Los palos recibidos y los molimientos y la mala ventura del pobre don Quijote serán de los que comúnmente suceden, pero no está en eso lo esencial de la ficción de Cervantes.

6 Fueron discípulos suyos Félix Gordon Ordax y Niceto-José García Armendáriz.

7 "De la naturaleza y carácter de la novela", en *Estudios críticos sobre literatura, política y costumbres de nuestros días*, Madrid, 1964, pp. 277-319.

Y hablábamos de lo paradójico de la postura de Nocedal, en cuanto las exigencias de la moralidad de las situaciones y aun del argumento de las novelas, materia ordinariamente conllevada por la censura eclesiástica, con las descripciones del mal en sí castradas, de hecho implicaron una desconfianza extendida e intensa hacia el realismo. Recordemos la Larga inclusión en el índice de libros prohibidos de todas las obras de Zola. Pero Nocedal había llegado a esa postura realista, si bien con todas las limitaciones en él de rigor, en aras de la novela de tesis, el otro blanco de las críticas de Valera: «El Sr. Nocedal sostiene también que nada extraordinario ni fuera del orden natural debe acontecer en la novela, para que de ella resulte alguna enseñanza, porque imaginar que de elementos absurdos se pueden sacar deducciones prácticas y consecuencias útiles es pensar lo excusado». Algo que don Juan refuta en detalle, pero sin arredrarse después de negar cualquier beligerancia al mismo principio de la novela moralizadora - ya que no moral - enunciando una vez más su toma de partido en favor del arte por arte:

Feliz el autor de *Dafnis y Cloe*, que no consagró su obrilla a Minerva, ni a Themis, sino a las Ninfas y al Amor. y que logró hacerse agradable a todos los hombres, o descubriendo a los rudos los misterios de aquella dulce divinidad, o recordándolos deleitosamente a los ya indicados.

Ahora bien, este epicureísmo, en definitiva una de las parcelas de ese esteticismo a que se puede reconducir el idealismo que para sí mismo Don Juan postulaba, el tal esteticismo mejor, ¿no llevaba consigo una cierta ideología, teniendo en cuenta el contexto del tiempo y el lugar? Así lo estimó don Enrique Tierno Galván⁸. Aunque desde luego hemos de evitar la deriva a una discusión terminológica. Y en todo caso parece nitido que tal toma de postura, la ideologización de una profesión de fe anti-ideológica, dice más de la ideología propia que de la del personaje estudiado. Más clara está en cambio, sencillamente por explícita, su ideología literaria, novelística si lo preferimos. Para conocer la cual no sería siquiera necesario que hubiera escrito, en la *Revista de España*, 1886-1887, los *Apuntes sobre el arte nuevo de escribir novelas*, respuesta a *La cuestión palpitante* (1881) de Doña Emilia Pardo Bazán, pero no sólo eso, aunque «con demasiada frecuencia haya sido confiado a ello», en frase de su acribioso estudioso, Luis López Jiménez⁹. Y en cuanto a la fecha, notemos lo que tiene de temprana, ya que Zola sólo en 1880 y 1881 había publicado respectivamente *Le roman expérimental* y *Les romanciers naturalistes*. Por otra parte, de la sensibilización del gran público culto a este tema nos dan idea los diez y nueve artículos publicados en *La Ilustración Ibérica* sobre él, *El realismo y la literatura contemporánea*, por un historiador del derecho, don Rafael Altamira, con el mérito en su haber de hacer una distinción entre realismo y naturalismo que no lo estaba siempre tanto.

⁸ «Don Juan Valera o el buen sentido», en *Idealismo y pragmatismo en el siglo XIX español*, Madrid, 1977, pp. 95-130; cfr. A. GARCÍA CRUZ, *Ideología y vivencias en la obra de don Juan Valera*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1978, p. 103.

⁹ *El naturalismo y España. Valera frente a Zola*, Madrid, 1977.

Y antes de proseguir conviene notemos la doble discrepancia de Valera con el naturalismo, con el que él llamó, lo hemos visto, realismo teórico incluso. De un lado, en cuanto infiel a sus mismos postulados, no reflejaba la realidad genuina, al pintarla de colores más negros, un tanto ficticios, inventados en definitiva. De otro, en cuanto la obra creadora no podía limitarse al tal reflejo de la realidad aun no deformándola, sino que requería una cierta impronta ennoblecedora. A propósito de lo cual recordamos que, hasta en la historiografía, las últimas tendencias han revisado la pretensión positivista de reconstruir el pasado tal y como efectivamente ocurrió, ante todo por no ser posible.

Y por supuesto que esta postura valeriana no podía limitarse a la novela, aun estribando su propio terreno en ella, sino que había de extenderse a toda la literatura, al lenguaje incluso. De ahí otra de sus polémicas, esta vez con Campoamor, aparentemente a propósito de las relaciones entre la poesía y la prosa¹⁰, pero en el fondo sobre la distinción entre el tal lenguaje como instrumento de comunicación y cual vehículo de belleza, dándose por cierto lugar a un tono artificioso en la disputa por esa discrepancia preliminar al planteamiento del problema a dilucidar.

Y, en definitiva, aquella frase de Robert-Louis Stevenson, según la cual lo único que en las letras no podía perdonarse era la falta de encanto, ¿no podría definir la exigencia ineludible, el *non possumus* del diplomático de Cabra?

Pueblo este natal que nos lleva todavía a otra de sus dimensiones por este mismo camino de la creación novelística.

La universalidad de lo local

El 19 de abril de 1854, don Juan Valera escribía, desde Doña Mencía, a don Serafín Estébanez Calderón: «En fin, yo he asistido en Roma y en Sevilla a las fiestas de la Semana Santa y hallo, con todo, que son mejores y más ejemplares las de aquí». ¿Ironía también? No. Tengamos en cuenta que sin la imponente liturgia papal ni la consumación del esplendor sevillano, el pueblo cordobés podía ofrecer una representación sacra más inmediata, espontánea, en definitiva viviente. Y este detalle nos lleva a subrayar cómo fueron «los antiguos lugares, aunque no los amara mucho», que don Manuel Azaña precisa, quienes «permitiéranos personalizar - «despertaron en él la vena narrativa» - la Semana Santa de Doña Mencía precisamente está descrita en *Juanita la Larga*.

Acaba de preguntarse Pere Gimferrer¹¹ por los rasgos esenciales del costumbrismo, encontrando los más esenciales y diferenciadores en la complacencia - y, por lo

10 Textos en R. DE CAMPOAMOR y J. VALERA, *La Metafísica y la Poesía. Polémica por...*, Madrid, 1891, F.GONZÁLEZ OLLE. «Clarín contra Núñez de Arce y Campoamor contra Valera», «Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo», núm. 39 (1963); y en «Ínsula», núm. 575 (1994,11), J.MARCO, *Al filo de una polémica: Clarín y Valera*, y E. RUBIO CREMADES, *Clarín y Valera. Una polémica literaria*.

11 *Camilo José Cela, boy*, ABC de Madrid, 13-11-1995. Para el costumbrismo de *Juanita* puede verse la introducción de E. RUBIO CREMADES a la edición de Clásicos Castalia, 1985.

tanto, en definitiva, el asentimiento - respecto a la realidad que se narra, y la autosatisfacción respecto a las fórmulas de dicción manifestadas en la escritura. Y cita ejemplificatoriamente la cercanía afectiva del Galdós de *Fortunata y Jacinta*, que algo tiene de complicidad cordial; y la simpatía, un poco de caballero muy viajado por el mundo que vuelve al terruño, con que al Valera de *Pepita Jiménez* o *Juanita la Larga* le seducen los halagos de la vida popular regional. Postura frente a la cual, cabe un «disentimiento radical respecto a lo relatado y una insatisfacción continua y cambiante respecto a la modulación de la propia voz».

Acordes en este deslinde. Pero lo que no podemos olvidar es que donde lo universal está, y nada descubrió don Miguel de Unamuno al aseverarlo reiteradamente, es en lo local. Y que lo costumbrista no dejaba de ser en una buena medida local genuino, y no artificioso.

«Lo que de verdad importa es la autonomía de la obra artística», apostillaba Gimferrer. Pero de ahí no se deduce que la tal fuese menos vigorosa en la que él llamaba «liturgia decimonónica» de Balzac o Dickens.

Y en el sentido, al fin y al cabo menor si lo que tenemos primariamente en cuenta es la universalidad y la intemporalidad de la obra de creación, intemporalidad que no quiere decir no esté arraigada en su propio tiempo, cual de la dimensión espacial ya dijimos correlativamente, se ha escrito que Valera fue incapaz «de ponerse a tono con las exigencias y los gustos de la época, sin haber sido popular nunca en sentido estricto, por eso mismo»¹², y ello llegándose a discutir «no ya que las novelas de Valera fuesen buenas, pero que hubieran sido siquiera novelas, como si la novela pudiera ser una sola y única cosa y todo lo concebido fuera de las enseñanzas del naturalismo hubiese de quedar por fuerza al otro lado de sus lindes».

Por supuesto que una tal concepción ni siquiera puede ser tomada en serio, aunque no llegara al dogmatismo que después revestiría la defensa monopolística de la llamada literatura social. Pero no podemos por menos de traerla a colación en cuanto se puede conexas con los hados posteriores que velaron por la obra valeriana. Muy prósperos desde el centenario de 1924, y según las apariencias sin demasiada solución de continuidad hasta el venidero de 2005. Siendo decisivamente significativa la dedicación al escritor de Cabra de un castellano de pro, el alcalaíno Azaña.

La constante lectora e investigadora de un futuro presidente de la República

Manuel Azaña, de una familia muy entroncada en la historia y el gobierno de Alcalá de Henares, era más conocido como ateneísta que como político cuando pasó a desempeñar la cartera de guerra en el primer gobierno de la República de 1931. En 1926 había obtenido el Premio Nacional de Literatura por su *Vida de don Juan*

12 J. F. MONTESINOS, *Valera o la ficción libre*, Madrid, 1970.

Valera. Al año siguiente escribía que «aún no desesperaba de publicarla dentro de ese mismo siglo». Lamentablemente, el huracán que arreció después parece haber aventado todas esas cuartillas¹³. En 1927, la edición de *Pepita Jiménez* en «Clásicos Castellanos» llevaba una introducción suya, y a guisa de complemento publicó ese mismo año *La novela Pepita Jiménez*, uno de los «Cuadernos literarios» de *La Lectura*. Ese mismo también había salido *El jardín de los frailes*, sus recuerdos del Colegio de los Agustinos del Escorial. Y anteriormente sólo había publicado otro libro, por cierto muy revelador de las preocupaciones que más acabaron decidiendo su destino, *Estudios de política francesa contemporánea. La política militar*, aparecido en 1919. Inmediatamente, en la revista «*Nosotros*» dio a luz unos artículos sobre *Valera en Rusia*. En 1929, la «Biblioteca de Ensayos» de la editorial Páez dedicaba su número catorce a otra obra suya valeriana, *Valera en Italia. Amores, política y literatura*¹⁴. En 1934, habiendo sido ya presidente del Consejo de Ministros, daba a conocer una síntesis sin notas de su magna obra inédita¹⁵. Mientras tanto había venido desempeñando probamente un puesto funcional en uno de los cuerpos más selectos de la Administración del Estado, el de Letrado de la Dirección General de los Registros y del Notariado.

No vamos naturalmente a examinar aquí todo este acervo, sino solamente fijarnos en algunos detalles reveladores de esta colaboración concreta en la posteridad de lector con autor. Notemos de paso cómo Azaña subraya la mentalidad católica de Valera, a pesar de sus protestas y actitudes hondas incluso de descreído- «la noción católica de la responsabilidad que postula el libre albedrío», piensa no le abandona nunca.¹⁶

Ante todo, a pesar de lo muy tardío de su aportación novelística, Azaña no tiene dudas de que en este género y momento fue cuando don Juan se encontró plenamente a sí mismo: «aunque Valera escribe *Pepita Jiménez* cuando está cercano a los cincuenta años, su vocación a la novela era antigua, y en ella estaba, repliegue sobre el jardín interior, mejor que en parte alguna, su verdadero reino «de manera que el esfuerzo de componerla» avivó en su espíritu energías desusadas, y escarbando, minando, veneros que discurrían perdidos bajo tierra, le acudieron generosamente, acaudalaron el manantial literario, y se halló más rico de lo que tal vez pensara».¹⁷

En cuanto a la concepción que Valera tenía de la novela y la literatura, le cita en esta afirmación nítida: «Lo bueno y lo verdadero no son el fin de la poesía, pero al realizar lo bello, se encuentra en él la bondad y la verdad, como sus atributos esenciales». Y añade a continuación el crítico: «por la emoción contagiosa, lo ideal

13 Debemos la noticia de su muy probable pérdida a nuestro compañero de claustro universitario y estudioso de Azaña, egabrense por cierto, José Peña.

14 Notemos su tono: «Las humanidades del colegio revividas en los lugares virgilianos, cobran una plasticidad emocionante», p. 59. ¿No advertimos alguna nostalgia de los años escurialenses del autor?

15 En el volumen *La invención del Quijote y otros ensayos*, pp. 141-244.

16 *La novela*, p. 32.

17 *Ibidem*, p. 14.

opera en el alma del lector, la suspende, y un momento la ennoblece, la depura». una comunión sin regateos pues entre lector y autor. Hasta el extremo de que nos hace pensar si la postura del futuro hombre de estado ante ese literato del siglo anterior, no ha de ser también muy tenida en cuenta por el historiador de sus empresas políticas a la hora de hacer el balance de las mismas en plenitud y profundidad.

«Mas en *Pepita Jiménez* -sigue hablando Azaña-, no de rechazo sino por confesado designio del autor, penetran otros valores, acaso menos sólidos y de seguro independientes de él, salvo que el arte los levanta hasta su esfera y los transforma de puros conceptos que solían ser en criaturas emocionantes. Aquellos valores, designados por Valera con el vocablo de *panfilismo*, sí que tienen fecha, tanto en la vida del autor, donde perduran acaso más de lo que declara, hasta hacerse anacrónicos, como en el curso general del pensamiento hispano».¹⁸

¿Conformismo burgués el tal panfilismo? En todo caso, no se nos pase por alto la plena asunción del esteticismo valeriano por uno de los hombres que más lucharon por cambiar en una cierta medida y de una cierta manera la España contemporánea. En la nítida significación de la estima por el lector de la obra. Otra dimensión de la que deriva a la influencia de ella en la posteridad de los lectores, aunque comunicadas ambas. Y consideraciones éstas que nos dejan retornar al punto de partida.

¿Significatividad de un título?

Una recopilación de artículos en libro tiene un interés añadido al práctico de su mayor asequibilidad, de su perduración incluso, en sí queremos decir.

La propia recogida, aunque no implique una selección, cual casi siempre sucede, las meras variantes en la disposición, dicen algo de su asunción por el autor en el momento recopilatorio¹⁹. ¿El título del conjunto también?

Y estamos pensando en la *Terapéutica social*, que también el de nuestra modestísima aportación es. Según dijimos, es el del primero de los artículos recopilados, pero ¿nada más? Y no se nos olvide que, hacemos la pregunta, conscientes de ser el tal del encabezamiento, crítico de unas piezas literarias bastante distintas del resto. Así las cosas, ¿nos sería lícito establecer una dicotomía entre unas críticas asépticamente formales, en el borde de la bibliofilia algunas incluso, y otras densas de contenido y por ende puntos de vista sociológicos? Sin pretender sentar cátedra generalizadora, en el caso de don Juan Valera, y teniendo en cuenta su concepción de la literatura y de la imaginación narradora, respondemos negativamente.

De ahí que nos atrevamos a sugerir si él tituló esa su última colección de críticas literarias *terapéutica social*, por entender que la literatura merecía ser llamada así,

¹⁸ Ibidem, p. 76; cfr., *Valera*, p. 230.

¹⁹ No nos ocupamos del caso en que la recopilación sea póstuma, o incluso en vida hecha por un tercero. Y, dicho sea de paso, esta significatividad del fenómeno recopilatorio no dispensa a los estudiosos de localizar las fechas, lugares y ocasiones de publicación de las piezas recopiladas.

tenida por tal, por medicina del mundo y de los hombres y sus agrupaciones sociales en el espacio y en el tiempo. Mas como literatura nada más, cumpliendo su misión en la escritura y la lectura sin otras aspiraciones mediatas, como en cambio entendían los autores de esas novelas proféticas objeto de su censura. Es decir, que la novela, la literatura, actuaría benéficamente en la sociedad, no dando lugar al fomento de ciertas ideas regeneradoras por la evolución o la revolución, sino por el mero bálsamo de su esencia de «creación de entretenimiento» que para el diplomático de Cabra tenía. ¿ Y para ese su lector e investigador que fue en circunstancias nada comunes Jefe del Estado español? No creemos que nuestro cometido aquí se extienda a dar respuesta alguna.